

laleydedios.org

Apéndice 8f: La Santa Cena — la Última Cena de Jesús fue la Pascua

Esta página es parte de una serie que explora las leyes de Dios que solo podían obedecerse cuando el Templo estaba presente en Jerusalén.

- Apéndice 8a: Las leyes de Dios que requieren el Templo
- Apéndice 8b: Los sacrificios — por qué hoy no pueden ofrecerse
- Apéndice 8c: Las fiestas bíblicas — por qué hoy no puede guardarse ninguna
- Apéndice 8d: Las leyes de purificación — por qué no pueden guardarse sin el Templo
- Apéndice 8e: Los diezmos y las primicias — por qué hoy no pueden cumplirse
- Apéndice 8f: La Santa Cena — la Última Cena de Jesús fue la Pascua (Esta página).
- Apéndice 8g: Las leyes del nazareato y de los votos — por qué hoy no pueden cumplirse
- Apéndice 8h: La obediencia parcial y simbólica relacionada con el Templo
- Apéndice 8i: La cruz y el Templo

La Santa Cena es uno de los ejemplos más contundentes de lo que esta serie está exponiendo: una "obediencia" simbólica inventada para reemplazar mandamientos que Dios mismo hizo imposibles de guardar cuando quitó el Templo, el altar y el sacerdocio levítico. La Ley de Dios nunca ordenó una ceremonia recurrente de pan y vino en lugar de los sacrificios o de la Pascua. Jesús nunca canceló las leyes del Templo, y nunca

instituyó un nuevo ritual para reemplazarlas. Lo que hoy la gente llama “la Cena del Señor” no es un mandamiento de la Torá ni es una ley de Dios independiente del Templo. Es una ceremonia humana construida sobre un malentendido de lo que Jesús hizo en su última Pascua.

El modelo de la Ley: sacrificios reales, sangre real, altar real

Bajo la Ley, el perdón y la conmemoración nunca estuvieron ligados a símbolos sin sacrificio. El modelo central es claro: el pecado se trata cuando se presenta sangre real en un altar real, en el lugar que Dios escogió para su nombre (Levítico 17:11; Deuteronomio 12:5-7). Esto es cierto para los sacrificios diarios, las ofrendas por el pecado, los holocaustos y el propio cordero de la Pascua (Éxodo 12:3-14; Deuteronomio 16:1-7).

La comida de la Pascua no era un servicio conmemorativo que pudiera celebrarse de cualquier manera. Era un rito ordenado, con:

- **Un cordero real, sin defecto**
  - Éxodo 12:3 — Cada familia debe tomar un cordero conforme al mandamiento de Dios.
  - Éxodo 12:5 — El cordero debe ser sin defecto, un macho perfecto de un año.

- **Sangre real, manejada exactamente como Dios ordenó**
  - Éxodo 12:7 — Deben tomar la sangre del cordero y ponerla en los postes de la puerta y en el dintel.
  - Éxodo 12:13 — La sangre será una señal para ellos; Dios pasaría de largo solo donde se hubiera aplicado la sangre real.

- **Pan sin levadura y hierbas amargas**
  - Éxodo 12:8 — Deben comer el cordero con pan sin levadura y hierbas amargas.

    - Deuteronomio 16:3 — No deben comer pan con levadura, sino solo el pan de aflicción durante siete días.

- **Un momento y un orden específicos**
    - Éxodo 12:6 — El cordero debe ser sacrificado al atardecer, el día catorce.
    - Levítico 23:5 — La Pascua es el día catorce del primer mes, en el momento señalado.

Más tarde, Dios centralizó la Pascua: el cordero ya no podía sacrificarse en cualquier ciudad, sino solo en el lugar que él escogió, delante de su altar (Deuteronomio 16:5-7). Todo el sistema dependía del Templo. No existía tal cosa como un "símbolo" de la Pascua sin sacrificio.

Cómo recordaba Israel la redención

Dios mismo definió cómo debía Israel recordar el éxodo de Egipto. No era mediante una simple meditación ni un gesto simbólico; era mediante el servicio anual de la Pascua que él ordenó (Éxodo 12:14, 12:24-27). Los hijos debían preguntar: "¿Qué significa para ustedes este servicio?", y la respuesta estaba ligada a la sangre del cordero y a los actos de Dios en aquella noche (Éxodo 12:26-27).

Cuando el Templo estaba en pie, el Israel fiel obedecía subiendo a Jerusalén, haciendo sacrificar el cordero en el santuario y comiendo la Pascua tal como Dios ordenó (Deuteronomio 16:1-7). Ningún profeta anunció jamás que, algún día, esto sería reemplazado por un simple trozo de pan y un sorbo de vino en edificios esparcidos por las naciones. La Ley no conoce este reemplazo. Solo conoce la Pascua tal como Dios la definió.

Jesús y su última Pascua

Los Evangelios son claros: cuando Jesús comió con sus discípulos en la noche en que fue traicionado, era la Pascua, no una nueva ceremonia gentil (Mateo 26:17-19; Marcos 14:12-16; Lucas 22:7-15). Él caminaba en plena obediencia a los mandamientos de su Padre, guardando la misma Pascua establecida por Dios.

En esa mesa, Jesús tomó pan y dijo: “Esto es mi cuerpo”, y tomó la copa y habló de su sangre del pacto (Mateo 26:26-28; Marcos 14:22-24; Lucas 22:19-20). No estaba aboliendo la Pascua, ni cancelando los sacrificios, ni escribiendo nuevas leyes para servicios religiosos gentiles. Estaba explicando que su propia muerte, como el verdadero Cordero de Dios, daría el pleno significado a todo lo que la Ley ya había ordenado.

Cuando dijo: “Hagan esto en memoria de mí” (Lucas 22:19), ese “esto” era la comida de la Pascua que estaban comiendo, no una ceremonia completamente nueva, desligada de la Ley, del Templo y del altar. No hay ningún mandamiento de sus labios que instituya un nuevo rito independiente del Templo, con su propio calendario, sus propias reglas y su propio clero. Jesús ya había dicho que no vino a abolir la Ley ni los Profetas, y que ni siquiera el trazo más pequeño caería de la Ley (Mateo 5:17-19). Él nunca dijo: “Después de mi muerte, olviden la Pascua y, en su lugar, creen un servicio de pan y vino dondequiera que estén”.

El Templo fue quitado; la Ley no fue abolida

Jesús predijo la destrucción del Templo (Lucas 21:5-6). Cuando esto ocurrió en el año 70 d. C., cesaron los sacrificios, el altar fue quitado y el servicio levítico terminó. Pero nada de esto fue la abolición de la Ley. Fue juicio. Los mandamientos sobre los sacrificios y la Pascua permanecen escritos, intactos. Simplemente son imposibles de obedecer porque Dios quitó el sistema en el que operan.

¿Qué hicieron los hombres? En lugar de aceptar que algunas leyes deben honrarse, pero no pueden guardarse hasta que Dios restaure el santuario, los líderes religiosos crearon un nuevo ritual — la Santa Cena — y declararon que esta invención es ahora la manera

de “recordar” a Jesús y “participar” en su sacrificio. Tomaron el pan y la copa de la mesa de la Pascua y construyeron una estructura completamente nueva en torno a ellos, fuera del Templo, fuera de la Ley, fuera de cualquier cosa ordenada por Dios mismo.

Por qué la Santa Cena es obediencia simbólica

La Santa Cena se presenta casi en todas partes como un reemplazo de los sacrificios del Templo y de la Pascua. Se les dice a las personas que, al comer pan y beber vino (o jugo) en el edificio de una iglesia o en cualquier edificio, están obedeciendo un mandamiento de Cristo y cumpliendo aquello a lo que apuntaba la Ley. Pero este es exactamente el tipo de obediencia simbólica que Dios no ha autorizado.

La Ley nunca le dijo a nadie que un símbolo, sin altar y sin sangre, pudiera reemplazar los sacrificios ordenados. Jesús nunca dijo eso. Los profetas nunca dijeron eso. No hay ninguna ley que defina:

- Con qué frecuencia debe celebrarse esta nueva Santa Cena
- Quién debe presidirla
- Dónde debe llevarse a cabo
- Qué ocurre si alguien nunca participa

Al igual que en el caso de los fariseos, los saduceos y los escribas, todos estos detalles han sido inventados por los hombres (Marcos 7:7-9). Se han construido teologías enteras sobre esta ceremonia — algunos la llaman sacramento, otros renovación del pacto —, pero nada de esto proviene de la Ley de Dios ni de las palabras de Jesús en los Evangelios, entendidas en su contexto.

El resultado es trágico: multitudes creen que están “obedeciendo” a Dios al participar en un ritual que él nunca ordenó. Las verdaderas leyes del Templo siguen en pie, imposibles de guardar porque Dios quitó el Templo; y en lugar de honrar este hecho con temor y humildad, la gente insiste en fingir que un servicio simbólico puede ocupar su lugar.

Recordar a Jesús sin inventar nuevas leyes

Las Escrituras no nos dejan sin orientación sobre cómo honrar al Mesías después de su ascensión. Jesús mismo dijo: “Si me aman, guardarán mis mandamientos” (Juan 14:15). También preguntó: “¿Por qué me llaman ‘Señor, Señor’ y no hacen lo que les digo?” (Lucas 6:46).

La manera de recordarlo no es mediante ceremonias inventadas, sino mediante la obediencia a todo lo que su Padre ya había dicho por medio de los profetas que vinieron antes del Mesías y por medio del Mesías mismo.

Obedecemos lo que puede obedecerse y honramos lo que no puede

La Ley permanece intacta. La Pascua y el sistema de sacrificios permanecen escritos como estatutos eternos, pero ahora es imposible cumplirlos porque Dios mismo quitó el Templo, el altar y el sacerdocio. La Santa Cena no cambia esta realidad. No convierte el pan simbólico y el vino simbólico en obediencia. No cumple las leyes del Templo. No proviene de la Torá, y Jesús nunca la ordenó como una nueva ordenanza independiente para las naciones.

Obedecemos lo que puede obedecerse hoy: los mandamientos que no dependen del Templo. Honramos lo que no puede obedecerse al negarnos a inventar sustitutos. La Santa Cena es un intento humano de llenar un vacío que Dios mismo creó. El verdadero temor al Señor nos lleva a rechazar esta ilusión de obediencia y a volver a lo que él realmente ordenó.